

Jaime Quezada: "Huerfanías"

Por Ignacio Valente

JAIME Quezada (Los Angeles, 1942) pertenece, como poeta, a una generación literaria de errático trayecto, lo que tal vez está significado en el título de su obra — *Huerfanías*—, y de cualquier modo resulta visible en la búsqueda formal —todavía errática— de este libro (Pehuén Editores) que recoge su creación de los últimos ocho años.

He aquí un poema casi inicial y cuyo título prolonga el del libro, *Tempranía*: "Yo era un niño sentado en una sillita de paja/ en medio del jardín/ Se reñan de mi baba/ Me tiraban piedras y manzanas/ Devolvía yo las piedras/ Y me comía las manzanas/ Después fui un muchacho lleno de sueños/ proféticos/ Ahora me siento diariamente a la cabecera de la mesa/ En una silla eléctrica/ Pidiendo a gritos que me tiren/ piedras y manzanas". En el poema resuena algo de Parra, y algo de Armando Uribe; más que señalar influencias, indico solamente un aire de época. El transcurso del poema está bien, pero al final queda la sensación de que (por decirlo con la imaginaria del mismo

poema) o no se apuntó a ningún blanco, o no se dio en el blanco al que se apuntaba.

Incluso cuando la armazón interna del texto se apoya en un eje reconocible y público —como la ecología en *Cuística la idea de que el mundo se apaga*—, el poema, no sin pasar a través de algunos versos logrados y algunas imágenes certeras, concluye con la misma impresión de cosa indefinida (pero no indefinible): no estamos ante lo inefable sino ante lo incierto. Y cuando, en vez de extenderse por dos páginas, el poema es un breve epigrama, sucede lo mismo; así en este *Verano*: "Como un caballo de patas blancas/ Pastando en un potrero de cardos secos/ Es mi día de verano/ Bañado por mangueras de jardín/ En medio de la ciudad muerta". Se han escrito excelentes poemas de la misma intención, construcción y significado que éste (pienso en algunos de Pound), y sin embargo éste, que tiene su gracia, termina también con sabor a poco. ¿No es Quezada un optimista excesivo de su poder para trabajar la *levedad* lírica? Dicho sea sin negarle

chispa, ocurrencias, hallazgos, hechura de poeta.

Un eje estructural frecuente en estos poemas es la contraposición entre historia y naturaleza, usada como un medio de crítica social: una crítica elíptica, elusiva, en sordina, pues se atribuye a los seres puros de la naturaleza la "libertad de expresión" que no tienen los sujetos históricos: "Jufo jufo canta el pájaro/ Como si dijera *Libre libre* (...) Canta/ anuncia lo que yo no puedo anunciar". Un desarrollo más extenso y también más elusivo de este recurso aparece en *Alamedas*: "Florecen las acacias en las calles de Santiago de Chile/ También los ceibos/ Flores color fuego-llama de los ceibos/ (Los jacarandás sin embargo son azules/ y aún no florecen)/ Las blancas flores de las acacias aroman el aire/ Y nada pareciera en esta tierra decir/ Lo que dicen las flores de los ceibos hacia el cielo".

A veces el hecho histórico es temático, como en el poema que comienza: "En los campos de la prisión de Toledo/ Yo Juan llamado de la Cruz...". Sin

embargo, el poema es débil como "historia", y parece más bien el pretexto o el hilo donde engarzan algunos versos afortunados; así los finales, que aluden a la huida del personaje: "Y como caminaba por el aire no dejé huella alguna/ A no ser mi amor de Dios flotando en ese aire". Algo semejante ocurre con *Viernes Santo*, un poema de contexto apocalíptico donde los versos rescatables son éstos que se encuentran como de paso en la grandiosidad no lograda del resto: "Desde la ventanilla de un avión en pleno vuelo/ Alguien me mira".

El juego de los desplazamientos en el tiempo histórico es materia —y forma— de una proporción considerable de los poemas de este libro. Así en la manera juguetona de *Esopo*: "Soy el no liberto hombre/ Que escribe lo que el mismo hombre/ Escribió en el siglo quinto antes del Hombre/ Pensando que en futuros siglos/ Otro no liberto hombre/ Escribirá lo mismo que escribe este hombre/ En pleno siglo veinte después del Hombre". El motivo se reitera en varios otros poemas, que alu-

den paralelamente al pasado remoto y al futuro remoto (o no tanto) en términos de una imaginación ecológico-apocalíptica que sin duda representa dos obsesiones constantes del autor. Las encontramos, por ejemplo, en el final de *Subida del Monte*, poema donde convergen elementos de la naturaleza y connotaciones místicas: "Sólo en la cumbre/ Esa misma mirada —mirada de Dios— es un rayo láser/ Y/o una bomba de cobalto/ Que cura mi costado/ Roto de un lanzado todos los días como hace miles de años".

El mismo tono verbal y las mismas obsesiones subyacentes afloran en un poema como *La Torre*: "Desde siglos construyo mi propia Torre/ Que concluiré en otro siglo de seguro ya antiguo/ Cuando Dios se haya ido con su ciudad a otro cielo/ Y mi cielo un hongo rojo derribado por un rayo". Se reitera el tránsito de una edad en otra, se reiteran las señales ecológico-apocalípticas, y con ellas también una búsqueda religiosa que se hace temática hacia el final del libro: "Pero he aquí que el sol aparece por la tarde/ Y mi alma vuela

como espíritu santo/ Sobre las olas de este mar piadoso/ Y mi cuerpo desnudo en la arena/ al fin en cópula con Dios".

Jaime Quezada escribe buenos fragmentos; diría que le falta la concepción del poema como unidad y totalidad, y con ella el difícil arte de la composición, como ocurre a la gran mayoría de nuestros poetas, que escriben por sumatoria de elementos. Así el libro se concluye con la misma impresión que cierra cada uno de sus poemas: hay versos felices, hay imaginación, hay cierta habilidad verbal, pero uno se pregunta hacia dónde caminan todos esos elementos, que no son poca cosa. La pregunta se refiere a la vez a la hechura formal y a la experiencia humana que ella revela. Recordaré, con la inexactitud de la memoria, una cita de Eliot que me parece oportuna: a cierta altura de su vida —altura que Jaime Quezada ya alcanzó— el poeta necesita haber clarificado ya su visión de las cosas, así sea en forma de interrogación. Dicho sea sin negarle talento.